

IGLESIA DE CRISTO REDENTOR
BUENOS AIRES, ARGENTINA
VIDA EN COMUNIDAD

Jonathan Hanegan

Hermanos, si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo con una actitud humilde. Pero cuídese cada uno, porque también puede ser tentado. Ayúdese unos a otros a llevar sus cargas, y así cumplirán la ley de Cristo.

Gálatas 6:1-2 NVI

Hay cuatro servicios que deberían brindarse en la comunidad.

I. El primer servicio que uno debe a otro dentro de la comunidad consiste en *escucharlo*.

Así como el comienzo de nuestro amor por Dios consiste en escuchar su palabra, así también el comienzo del amor al prójimo consiste en escucharlo. El amor que Dios nos tiene se manifiesta no solamente en que nos da su palabra, sino también en que nos escucha. Escuchar a nuestro hermano es, por tanto, hacer con él lo que Dios ha hecho con nosotros (p. 90).

¿En qué consiste la escucha activa y cuál es su papel en la comunidad?

¿Cómo discernir cuándo es mejor escuchar que hablar?

El que no sabe escuchar detenida y pacientemente a los otros hablará siempre al margen de los problemas y, al final, ni se dará cuenta de ello. El que piensa que su tiempo es demasiado valioso para perderlo escuchando a los demás, jamás encontrará tiempo para Dios y el prójimo. Sólo lo encontrará para sí mismo, para su palabrería y sus proyectos personales . . . Debemos escuchar con los oídos de Dios para poder hablar con la palabra de Dios (ps. 91-92).

II. El segundo servicio que debemos prestarnos es el de *ayudarnos mutuamente*.

El servicio de ayuda que prestamos a los hermanos no es meramente con cosas de carácter espiritual, también es la ayuda en los quehaceres cotidianos, lo rutinario. Aquel que se cree demasiado importante para colaborar con estas tareas, se engaña a sí mismo.

Debemos estar siempre dispuestos a aceptar que Dios venga a interrumpirnos (p. 92).

¿Cómo puede ser la ayuda mutua una escuela de la humildad?

¿Qué es lo que nos enseña el servicio inoportuno, el servicio inesperado?

III. En tercer lugar, el servicio de *soportar a los otros*.

El cristiano debe soportar la carga del prójimo, debe soportar a su hermano. Sólo así, como carga, el prójimo se convierte verdaderamente en un hermano y no en un objeto que se posee. La carga de los hombres resultó tan pesada para el mismo Dios, que caminó hasta la cruz bajo su peso. Dios verdaderamente nos ha llevado y soportado en el cuerpo de Jesucristo. Nos ha llevado como una madre a su hijo, como un pastor a su oveja perdida. Dios acogió a los hombres, en tanto que ellos le abatieron, pero quedó con ellos y ellos con él. Soportándolos, permaneció en comunidad con ellos. Esta es la ley de Cristo que se cumplió en la cruz. De esta ley participan los creyentes. Ellos deben sobrellevar y soportar al prójimo pero –y es lo más importante– pueden hacerlo ya, puesto que esta ley se cumplió por la muerte de Jesucristo (ps. 93-94).

La libertad del hermano: su manera especial y sus dones que reflejan el carácter de Jesús.

El pecado del hermano: su pecado que destruye la comunión que tenemos con él y con Dios.

¿Cómo podemos respetar la libertad del hermano sin abandonarle en su pecado?

Aquel que soporta a los otros sabe que los otros también le soportan a él, y esto es lo que le da fuerzas para poder hacerlo (p. 96).

IV. El último y el más importante: *el servicio de la palabra de Dios*.

Nos referimos aquí a la palabra libre, entre dos personas, no vinculada a oficio, lugar o tiempo determinados. Se trata de esa situación, única en el mundo, en que un hombre [o mujer], con palabras humanas, testifica a su semejante la realidad de Dios, su consuelo y sus caminos, su bondad y su severidad. . . . ¿hay algo más grave que callarse cuando se debería hablar? (p. 97).

¿Cuándo deberíamos introducirnos en la vida del hermano con la Palabra de Dios?

La base de la que hay que partir es esta: saber que mi hermano es un pecador abandonado y perdido en toda su dignidad humana si no recibe ayuda. Esto no significa desacreditar ni deshonrar su honor, al contrario, es tributarle el único verdadero que posee el hombre: hacerle saber que, aunque pecador, está destinado a tomar parte en la misericordia y gloria de Dios, a ser hijo suyo (p. 99).

El conocimiento de la verdadera situación del prójimo da a nuestra palabra la libertad y franqueza necesarias. Nuestro propósito se orienta a la ayuda que necesitamos unos de otros. Nos mostramos el camino que Cristo nos manda seguir. Nos ponemos mutuamente en guardia contra la desobediencia y sus consecuencias mortales. Nuestra palabra, es a la vez, dulce y dura porque conocemos la bondad y severidad de Dios. ¿Por qué tenemos miedo unos a otros, cuando sólo debemos temer a Dios? ¿Por qué temer a no ser comprendidos, si nosotros hemos comprendido perfectamente cuando alguien –a veces con palabras torpes– nos ha hablado del consuelo y la amonestación de Dios? ¿Por qué, si no, Dios nos ha hecho el regalo de la fraternidad cristiana? (*ibid.*).

Cuánto más aprendemos a dejarnos interpelar por el prójimo y aceptar con humildad y reconocimiento sus duros reproches y amonestaciones, tanto más libres y objetivos

seremos en aquello que tengamos que decirle. Aquel que por susceptibilidad o amor propio rechaza la palabra del hermano, tampoco es capaz de decir la verdad al otro con humildad por temor a ser rechazado y tener así un nuevo motivo de sentirse herido. En nuestra relación con el prójimo, la susceptibilidad toma necesariamente la forma de adulación y, en consecuencia, de traición y mentira. La verdad y el amor son, por el contrario, el clima de la humildad. La palabra de Dios sigue siendo la fuerza que la inspira y por lo que se deja guiar hacia el prójimo. Y puesto que no busca ni teme nada para sí mismo, el humilde es capaz de ofrecer a otros la ayuda de la palabra (99-100).

¿Qué puede haber en nuestro corazón si nos falta valentía para llevar la palabra de Dios a un hermano o hermana que anda en pecado?

¿Cómo deberíamos recibir una exhortación de alguien cuando son buenas las intenciones pero mala la forma? ¿La falta de delicadeza invalida el carácter necesario de la exhortación?

Nada puede ser más cruel que esa forma de indulgencia que abandona al prójimo en su pecado. Y nada puede ser más caritativo que la seria reprimenda que le saca de su vida culpable (p. 100).

Unas palabras acerca del culto a la personalidad dentro de la iglesia

La comunidad no necesita de personalidades brillantes sino de fieles servidores de Jesucristo y de sus hermanos (p. 102).

¿De dónde viene la autoridad de aquellas personas que enseñan la palabra de Dios?

¿Puede haber autoridad en la comunidad cristiana aparte de la que se desprende del servicio?

En la comunidad no existe lugar alguno para el culto a la personalidad, por muy importantes que sean las cualidades y dones naturales que la adornen; es totalmente profano y envenena la comunidad. El anhelo –tan difundido en nuestros días– de tener «figuras episcopales», «hombres sacerdotales», «fuertes personalidades» dimana con frecuencia de la enfermiza necesidad de admirar a los hombres y tener una autoridad humana visible, ya que se considera demasiado humilde la del servicio. Nada contradice este anhelo más vigorosamente que el Nuevo Testamento en su descripción del obispo (1 Timoteo 3:15). Nada encontramos ahí sobre personalidades espirituales dotadas de brillantes cualidades, de talento excepcional, de fuerte encanto. El obispo es el hombre sencillo, sano, fiel en la fe y en la vida, que ejerce rectamente su ministerio. Toda su autoridad reside en su servicio. Nada hay de extraordinario en el hombre como tal (ps. 101-102).

¿A qué deben aspirar los líderes cristianos, aquellos que quisieran guiar al pueblo de Dios?

Fuente:

Dietrich Bonhoeffer. (2005). *Vida en comunidad*. Salamanca: Ediciones Sígueme.